

Un eclesiástico con dimensión imperial en México: Juan Martínez de la Parra y la consagración intelectual (1680-1701)

Trilce Laske*

Resumen: Este artículo revisa la consagración erudita de una figura destacada de la intelectualidad novohispana de finales del siglo XVII, el jesuita Juan Martínez de la Parra. A partir de herramientas metodológicas renovadas tales como el estudio de redes y el examen de paratextos impresos se pretende presentar las claves del rápido proceso de reconocimiento del jesuita por sus pares en la capital de la Nueva España. En última instancia, el artículo expone, detrás de la trayectoria del religioso, una faceta de la vida intelectual en México, con la fuerte presencia de un humanismo cristiano.

Palabras clave: Nueva España, historia intelectual, historia transatlántica, historia cultural, intelectuales.

Abstract: This article deals with the scholarly consecration of a prominent figure in the late seventeenth-century intelligentsia in New Spain, the Jesuit Juan Martínez de la Parra. Based on renewed methodological tools such as the study of networks and the examination of printed paratexts, the aim is to present the keys to the swift recognition of the Jesuit by his peers in the capital of New Spain. Ultimately, the article reveals, underlying the priest's trajectory, a facet of intellectual life in Mexico, with the strong presence of Christian humanism.

Keywords: New Spain, intellectual history, transatlantic history, cultural history, intelligentsia.

Fecha de recepción: 1 de agosto de 2017

Fecha de aceptación: 12 de octubre de 2017

Siete años después del motín de 8 de junio de 1692, cuando una epidemia de *chahuistle* amenazó con atacar las cosechas y provocar un nuevo episodio de carestía en México, las autoridades principales del virreinato organizaron en la capital una ceremonia pública, destinada a prevenir los potenciales antagonismos sociales mediante un acto de comunión colectiva. Tras una procesión que reunió a la ciudad entera el miércoles 13 de mayo de 1699, los organizadores recurrieron para el sermón del día siguien-

te a una figura eclesiástica capaz de conciliar el conjunto de sectores urbanos en un contexto inseguro: el jesuita Juan Martínez de la Parra.¹ Dos años después, con motivo de su funeral, el 15 de diciembre de 1701, la muchedumbre abarrotó la Casa Profesa para rendirle sus respetos, siendo tan numerosa que no todos pudieron

¹ Antonio de Robles, *Diario de sucesos notables*, México, Porrúa, 1972, 3 tt., t. III, p. 78; véase también *Sermón en el día que la nobilísima Ciudad de México, contra la enfermedad de las misiones, juró por su patrón al glorioso Dr. San Bernardo*, Madrid, Biblioteca Nacional de España (en adelante BNE)/MSS/20280/18/1.

* Université de Toulouse, Francia.

entrar en la iglesia.² Con la mayoría de los dignitarios religiosos de la capital presentes, se compusieron poesías en latín y castellano en memoria del difunto.³ Por su parte, la Provincia ignaciana se sumó a ese tributo póstumo con la inhumación, de manera excepcional, de su miembro fallecido en el presbiterio mismo de la Profesa, al lado del Evangelio. En una fecha desconocida, encargó también un retrato del jesuita a Juan Rodríguez Juárez, joven pintor de la Corte virreinal, quien había realizado ya, entre otras pinturas, el cuadro de Felipe V para la ceremonia oficial de juramento al nuevo monarca borbónico.⁴

¿Cómo explicar la dimensión alcanzada por Martínez de la Parra en la capital novohispana, tanto más rápida cuanto que el jesuita era todavía relativamente joven? Contrario a lo ocurrido con figuras consagradas como las de su correligionario Antonio Núñez de Miranda, desaparecido a la edad de 77 años, o del franciscano Agustín de Vetancurt, fallecido a más de 80 años, Martínez de la Parra murió a los 48 años, por lo cual su breve carrera no descansó sobre una larga acumulación de éxitos. Como respuesta, este texto se propone destacar los fundamentos y etapas de la consagración del jesuita para un sector específico en México: el grupo erudito. Si bien no era hermético socialmente, este grupo se regía, no obstante, sobre criterios propios y la adhesión de sus miembros a Martínez de la Parra siguió una temporalidad distinta al resto del espacio social. En aras de precisión, este trabajo se apoyará en una tabla de análisis que intentará reunir, en un abanico

² “Asistieron las religiones y grandísimo concurso, que no cabía en la iglesia”, Antonio de Robles, *op. cit.*, t. III, p. 176.

³ “Consolándose México de tan sensible y temprana muerte con los elogios latinos y castellanos que le tributaron los poetas y oradores de este reino”; José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca hispano americana septentrional*, México, Ediciones Fuente Cultural, 1947, p. 108. Dos sonetos se conservan en la BNE: BNE/MSS/20256/3.

⁴ Inmaculada Rodríguez Moya, *La mirada del virrey: iconografía del poder en la Nueva España*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2003, p. 67. El retrato se conserva en la pinacoteca de la Casa Profesa.

de importancia ordenada de manera decreciente, los factores principales del éxito del jesuita con sus factores secundarios. En última instancia, se trata de interrogarse, a través de su lógica de reconocimiento, acerca de la configuración tanto interna como externa del espacio intelectual de una de las principales capitales americanas del Imperio hispánico, durante los últimos años de la dinastía de los Habsburgo.

Los primeros éxitos en la Casa Profesa: 1684-1690

Nacido en 1653 en Huejotzingo, en la diócesis poblana, Juan Martínez de la Parra provino de una familia de hacendados, bien enraizados localmente.⁵ Por parte de su padre, Fernando Martínez de la Parra, su familia estaba ligada a la estirpe de los Parra, escribanos públicos asentados en Puebla y originarios de Extremadura.⁶ Esa procedencia social privilegiada condujo a su hermano, José Martínez de la Parra, y a su primo, José Gómez de la Parra, al doctorado en teología de la Universidad de México.⁷ Como becario y luego como rector, Gómez de la Parra frecuentó incluso el prestigioso colegio de Santa María de Todos los Santos, futuro colegio mayor, para luego tener una carrera destacada en el cabildo eclesiástico poblano y obtener, más tarde, la mitra de Cebú en las Filipinas.⁸ Lejos de ser anecdótico, este origen familiar del jesuita lo colocaba, desde su naci-

⁵ Archivo Histórico de la Provincia Mexicana (en adelante AHPM), *Catálogos trienales de la provincia de México. Colección formada por Manuel Ignacio Pérez Alonso S. J. Años 1678-1700*.

⁶ El patriarca es Juan de la Parra Diosdado, originario de La Parra, Extremadura. Probablemente de origen humilde según sus apellidos, compró el cargo de escribano público de Puebla por el año 1597, para transmitirlo a su hijo Alonso en 1618. *Cfr.* Archivo General de Indias (en adelante AGI), México, 175, N.51; AGI, México, 181, N.37.

⁷ Guillermo Fernández de Recas, *Grados de licenciados, maestros y doctores en arte, leyes, teología y todas facultades de la Real y Pontificia Universidad de México*, México, UNAM, 1963, p. 65.

⁸ José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca...*, *op. cit.*, t. II, pp. 106-107; véase también AGI, Indiferente, 211,

miento, dentro del panel de legitimidad social vigente en el Imperio.

Con unos 15 años de edad, en 1668, el poblano ingresó el noviciado de la Provincia Novohispana de la Compañía de Jesús, en Tepotzotlán, donde llevó una escolaridad destacada. Sus competencias y capacidades, especialmente retóricas, fueron detectadas pronto por sus superiores, quienes le brindaron un trato particular.⁹ Antes que nada, Martínez de la Parra fue enviado a la Universidad de México para graduarse de bachiller. La medida estaba reservada entonces solamente para algunos miembros especialmente prometedores, futuros dignatarios o figuras relevantes como Francisco de Florencia, José Vidal o Tomás de Escalante.¹⁰ Luego, las instancias provinciales no dudaron en asociar al joven jesuita, todavía en formación, a una misión importante para la Compañía: su establecimiento en Chiapas. Durante la primavera de 1677, Martínez de la Parra fue enviado a Ciudad Real para secundar a Juan de Olavarría, probablemente para la vertiente apostólica de la empresa.¹¹ Desgraciadamente para los dos eclesiásticos, su misión suscitó rápidamente la hostilidad del obispo Bravo de la Serna, obligándolos a abandonar la ciudad. Tal como lo señala Manuel Pérez, ese episodio constituyó una primera lección política para Martínez de la Parra, quien posteriormente se las arreglaría para mantener buenas relaciones con el prelado mexicano;¹² sin embargo, el caso no mermó la confianza que le tenían sus superiores. Al contrario, el jesuita fue desplazado provisoria-

mente al colegio guatemalteco de la orden para enseñar filosofía, cuando las prácticas vigentes en la época asignaban generalmente que se impartiera gramática a los jóvenes reclutas.¹³

Su carácter prometedor llevó finalmente al directorio provincial, entre 1681 y 1684, a asignarlo a la Casa Profesa mexicana para concluir sus últimos años de formación. Sede de la Provincia, el establecimiento era entonces una pieza clave en la configuración jesuita regional. Para la capital, constituía además el primer centro ignaciano del culto que completaba el esfuerzo educativo de los colegios, y su personal era seleccionado cuidadosamente. Su asignación significó para Martínez de la Parra la conclusión de una trayectoria escolar ejemplar. Sin saberlo, el eclesiástico pasaría allí el resto de su carrera. Así, fue entre las paredes del establecimiento que se hizo profeso, el 15 de agosto de 1686, al terminar los estudios de teología, y donde falleció quince años después. Y sobre todo, la Profesa fue el escenario de sus primeros éxitos obtenidos ante un amplio sector urbano, heterogéneo y asiduo, que lo elevó en algunos años al rango de predicador estrella.

Desde el año 1610, la Provincia, con el apoyo romano, había pensado la Profesa como el bastión de la escuela de alta elocuencia ignaciana en la Nueva España. Elegidos con cuidado, sus más brillantes predicadores se sucedieron en el púlpito para conformar verdaderas líneas de oradores famosos, cuya primera figura fue Luis de Molina, sobrino homónimo del padre del molinismo.¹⁴ Siguieron otras personalidades importantes como Bartolomé de Castaño o Juan de Robles. De hecho, probablemente fue debido a que un jesuita de la dimensión de Antonio de Núñez no se distinguiera por sus talentos de orador que sus superiores no lo asignaron a la Profesa y lo orientaron más bien hacia la docencia y la dirección espiritual.¹⁵ Dentro de esa lógica

N.29, f.1. Gómez de la Parra no llegó a ocupar el obispado, falleció antes.

⁹ En la rúbrica “talentos” del *Catálogo trienal* de 1681, por ejemplo, se recomendaba utilizar a Martínez de la Parra para el púlpito: “conciones”, AHPM, *Catálogo trienal de la provincia de México*, 1681.

¹⁰ *Idem*.

¹¹ Francisco Javier Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva-España*, México, Imprenta de J.M. Lara, 1842, t. III, pp. 18-19. La BNE conserva un sermón chiapaneco de Martínez de la Parra: BNE/MSS/20280/28/2.

¹² Manuel Pérez, *Los cuentos del predicador: historias y ficciones para la reforma de costumbres en la Nueva España*, Madrid, Iberoamericana, 2011, p. 27.

¹³ La BNE conserva una carta enviada por unos de sus antiguos alumnos a Juan Martínez de la Parra. BNE/MSS/20280/27.

¹⁴ Francisco Javier Alegre, *op. cit.*, p. 233.

¹⁵ Según su biógrafo, le faltó voz al jesuita: “solía decir [el virrey Mancera], que a tener pecho y voz bastante (por-

del establecimiento, Martínez de la Parra se vio destinado rápidamente, pese a su juventud, al esfuerzo apostólico. En 1684, fue nombrado *concionator* junto con un correligionario ya destacado por su elocuencia, Francisco Díaz Pimienta.¹⁶ Luego, durante los años siguientes, el joven jesuita fue acumulando los sermones, ya fuese en la Profesa misma o en otros espacios, como los conventos femeninos o la catedral (cuadro 1).

Esta intensa actividad lo puso en contacto con un auditorio mixto, tanto clerical como seglar, compuesto tanto por monjas como por la elite comerciante, pudiente y dinámica. Ante tal público, Martínez de la Parra y su alta elocuencia ignaciana experimentaron en poco tiempo un amplio éxito. Como —a diferencia de otros ministerios eclesiásticos— la figura de orador sagrado resultaba benéfica ante los fieles, pues le confería un brillo particular, el favor urbano lo hizo pasar en México a un régimen de celebridad y entusiasmo. En julio de 1686, otro famoso predicador, el franciscano Juan de Mendoza, dio testimonio de esa modalidad de éxito al señalar que “el común dice a gritos, sus partes [de Martínez de la Parra], y se apasiona (de muy entendido) por sus prendas”.¹⁷ En octubre de 1688, un correligionario e íntimo del jesuita, Pedro de Avendaño, escribió por su parte que “son tan comunes [sus] aplausos”.¹⁸

Si bien sus prédicas le atrajeron el favor urbano, no suscitaron el reconocimiento correlativo del conjunto de sectores eruditos de México, que se regían por otros criterios. La alta elo-

que ésta fue siempre poca) se excediera a sí mismo en el púlpito”; Juan de Oviedo, *Vida exemplar, heroicas virtudes, y apostólicos ministerios de el V.P. Antonio Núñez de Miranda...*, México, Imp. Herederos viuda Rodríguez Lupercio, 1702, p. 42.

¹⁶ A su muerte en diciembre de 1688, Robles lo calificó de “hombre insigne en la predicación”; Antonio de Robles, *op. cit.*, t. II, p. 170.

¹⁷ Juan de Mendoza, “Aprobación”, en Juan Martínez de la Parra, *Sermón panegyrico, elogio sacro de San Eligio obispo de Noyons...*, México, Imp. Viuda Ribera, 1686 [f. 2v].

¹⁸ Pedro de Avendaño, “Aprobación”, en Juan Martínez de la Parra, *Sermón panegyrico, sepulcral elogio de el admirable seraphin...*, México, Imp. Viuda Ribera, 1688 [f. 3r].

cuencia sagrada no constituía un género superior dentro del espacio intelectual de la capital. Relacionada con el ámbito de la espectacularidad y festividad, estaba por el contrario subordinada a otros géneros en la escala valorativa de las prácticas intelectuales, tal como la escritura histórica. En ese sentido, predicadores famosos y tan publicados como el jesuita Juan de Robles o el franciscano Juan de Mendoza no alcanzaron el grado de reconocimiento erudito que conocieron historiadores como Agustín de Vetancurt o Francisco de Florencia, con los cuales compartían la generación y el origen. Fundada sobre series de hagiografías y tal vez incluso más aun sobre la crónica conventual,¹⁹ la consagración intelectual de Vetancurt y Florencia se tradujo, entre otras cosas, en las constantes solicitudes para publicaciones diversas de aprobaciones, cuya cantidad constituía un barómetro eficaz de reconocimiento erudito. En cambio, los predicadores estuvieron lejos de verse tan solicitados por sus pares, pese a su cercanía con los fieles (véase cuadro 2).

¿Cómo pudo Martínez de la Parra, en esas condiciones, alcanzar la amplia consagración intelectual que llegaría a disfrutar hacia finales del siglo? Al final de la década de 1680, un acontecimiento vino a sacudir la Casa Profesa, y apartó al jesuita de la elocuencia sagrada; fue en ese desplazamiento que se encontró la clave del futuro éxito de Martínez de la Parra dentro del espacio intelectual de la capital. Por el mes de diciembre de 1688, las instancias superiores del establecimiento descubrieron que un miembro de su equipo, Pedro de Avendaño, había mantenido relaciones con unas diez mujeres, algunas casadas y conocidas todas en el confesional mismo de la Profesa; debido a la gravedad del asunto y las implicaciones, los dirigentes ignacianos tomaron medidas consecuentes, humanas y políticas: en primer lugar, Avendaño fue enviado al Santo Oficio para

¹⁹ Otros factores, secundarios, se añadieron obviamente. De Francisco de Florencia se puede señalar su viaje a Roma, que él mismo mencionaba. Por su parte, Agustín de Vetancurt no dudaba en ostentar su parentesco con el fundador de los betlemitas, Pedro de Vetancurt.

Cuadro 1
Predicaciones identificadas de Martínez de la Parra, 1684-1701

<i>Fechas</i>	<i>Sermones</i>	<i>Lugares</i>	<i>Promotores</i>
<i>1er periodo profesional: orador sagrado</i>			
10 agosto 1684	San Lorenzo	Santa Veracruz	
20 agosto 1685	San Bernardo	Convento San Bernardo	
17 septiembre 1685	San Francisco	Convento Capuchinas	
2 febrero 1686	Purificación Virgen	Casa Profesa	
1 diciembre 1686	San Eligio	Catedral	Plateros
25 marzo 1687	Anunciación Virgen	Colegio SPSP	Congregación estudios
24 agosto 1687	San Bartolomé	Casa Profesa	
8 septiembre 1687	Natividad Virgen	Convento Regina Coeli	Mercaderes plaza <i>Ecce Homo</i>
17 septiembre 1687	San Francisco	Convento Capuchinas	
1 diciembre 1687	San Eligio	Catedral	Plateros
3 diciembre 1687	San Francisco Xavier	Santa Veracruz	Congregación San Francisco Xavier
1688	Virgen María	Convento San Lorenzo	
8 septiembre 1688	Natividad Virgen	Convento Santa Inés	
4 octubre 1688	San Francisco	Convento Regina Coeli	Hermandad San Francisco
10 septiembre 1689	San Nicolás de Tolentino	Hospital Real	
3 diciembre 1689	San Francisco Xavier	Casa Profesa	
23 julio 1690	Inauguración altar San José	Convento San Bernardo	
<i>2do periodo profesional: doctrinario</i>			
8 septiembre 1692	Nuestra señora de Loreto	Convento San Gregorio	
8 septiembre 1693	Nuestra señora de Loreto	Convento San Gregorio	
<i>3er periodo profesional: prefecto CS</i>			
1694	Santa Teresa	Convento Descalzas	
19 marzo 1694	San José	Casa Profesa	Virrey
¿Noviembre? 1696	Sermón soldados	Casa Profesa	
1698	San Francisco	Convento Felipe de Jesús	
¿Febrero? 1698	Inauguración altar	Casa Profesa	Congregación Salvador
¿Diciembre? 1697	Santa Clara	Convento Capuchinas	
14 mayo 1699	San Bernardo	Convento San Bernardo	Autoridades virreinales

Fuente: elaboración personal a partir de las producciones impresas y manuscritas del jesuita, conservadas en la BNE. El cuadro no tiene pretensión de exhaustividad.

Cuadro 2
Comparación de aprobaciones dadas entre oradores estrellas e historiadores

	Oradores sagrados célebres			Historiadores	
	<i>Juan Ávila</i> O.F. (≈ 1645-)	<i>Juan Mendoza</i> O. F. (1625-1689)	<i>Juan de Robles</i> S.J. (1629-1698)	<i>Agustín</i> <i>Vetancurt</i> O.F. (1623-1703 ?)	<i>Francisco</i> <i>Florencia</i> S.J. (1620-1695)
Ap. correligionarios	2	1	0	12	8
Ap. dignatarios	2	0	0	7	5
Otros	0	5	6	6	5
Total de aprobaciones	2	6	6	25	18

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de José Toribio Medina, *La imprenta en México*, México, N. Israel, 1965.

autodenunciarse antes de estar oficialmente despedido durante el año 1690;²⁰ uno de sus amigos cercanos, Gaspar de los Reyes, fue apartado a Puebla, probablemente por cómplice,²¹ y por último, el prepósito de la Casa Profesa, Pedro de Echagoyan, se vio obligado a una jubilación anticipada a sus 64 años. Para reemplazarlo, la sede romana se inclinó hacia una solución inusual, capaz de garantizar el regreso a una normalidad disciplinaria: designó al castellano Alonso de Ramos.²² Contrariamente a la lógica de rotaciones de las elites en la Provincia, Ramos no había ocupado hasta entonces verdaderos puestos de mando, excepto unos tres años en la dirección del colegio de Mérida, de 1677 a 1680.²³ Esa relativa inexperiencia de gobierno significaba para Roma una garantía favorable de imparcialidad en la situación de crisis que atravesaba la Profesa.

En paralelo, la política del establecimiento fue provisoriamente modificada. Por algún

tiempo el esfuerzo de producción de una alta elocuencia se dejó de lado para favorecer el ejercicio catequístico. El objetivo, probablemente, era fomentar el regreso a una integridad evangélica ideal después del asunto de Avendaño, y, por otra parte, manifestar una forma de contrición ante la Inquisición y el arzobispo, impulsor comprometido de la catequesis en su jurisdicción. Sometido a ese fin, Martínez de la Parra fue desplazado por sus superiores, en abril de 1690, de la alta predicación a la explicación doctrinal de la Profesa. El nombramiento no era, sin embargo, una elección evidente, por dos motivos: por una parte, Martínez de la Parra representaba, con sus sermones, una figura atractiva para los fieles, y su traslado privaba a la Provincia de un elemento de influencia en la capital. Por otra parte, el jesuita no era la persona más indicada para llevar el programa catequístico de la Profesa. Descrita como “una explicación clara de las principales verdades de la fe”, hechas con “palabras sencillas”,²⁴ o también como “piezas oratorias de estilo humilde”,²⁵ la catequesis se alejaba de las competencias profesionales de Martínez de la Parra, quien al

²⁰ La visita a la Inquisición se dio el 10 de diciembre: Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Instituciones Coloniales, Inquisición, vol. 520, exp. 151. Para el despido: Antonio de Robles, *op. cit.*, t. II, p. 212.

²¹ De los Reyes fue acusado después de hechos similares en Oaxaca. AGN, Inquisición, vol. 697, exp. 36.

²² Ramos se registró para la Nueva España en mayo de 1658. AGI, Contratación, 5431, N.5, R.78.

²³ AHPM, *Catálogo trienal de la provincia de México*; véase también José Gutiérrez Casillas, *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, México, Tradición, 1977, t. XVI, p. 412.

²⁴ Félix Herrero Salgado, *La oratoria sagrada en los siglos XVI y XVII: la predicación en la Compañía de Jesús*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2001, t. III, pp. 392-393.

²⁵ Manuel Pérez, *op. cit.*, p. 45.

contrario era promotor de una elocuencia sofisticada. Además, dentro de la organización religiosa había miembros más adecuados, que habían trabajado en territorio de misiones. Tras su traslado, el jesuita, de entonces 37 años, probablemente pagó su amistad con el despedido Pedro de Avendaño y con Gaspar de los Reyes.

Sea como fuere, las nuevas funciones de Martínez de la Parra terminaron con su trayectoria de gran orador urbano (véase cuadro 1); así, 1690 constituyó un punto de quiebre fundamental en su carrera. De sus primeros años en la Casa Profesa, Martínez de la Parra conservó, sin embargo, dos atributos que tendrían un papel primordial en la continuación y en la prolongación de su éxito ante un amplio público de fieles: una primera fama y unas competencias oratorias forjadas por la práctica de una alta elocuencia sofisticada. Sobre todo, el cambio de género que supuso su traslado a la catequesis suscitó el incremento de su legitimidad en el campo intelectual, y sentó las bases para una primera fase de adhesión más amplia de los sectores eruditos, que no hubiera obtenido con la oratoria sagrada. De 1693 a 1698, esa primera fase se basó en un fenómeno de reconocimiento, aunque menor todavía a la consagración que Martínez de la Parra llegaría a conocer luego.

Los años 1693-1698: la catequesis y el reconocimiento erudito

Del 7 de abril de 1690 al 12 de diciembre de 1694, fuera de los periodos vacacionales, Martínez de la Parra subió todos los jueves al púlpito de la Casa Profesa para dar, durante media hora, una plática doctrinal. Aunque sea difícil evaluar su grado de innovación o de originalidad, el jesuita propuso a sus auditores una fórmula inédita, que en julio de 1701 haría decir a un comentarista peninsular respecto de sus trabajos que resultó un “estilo más nuevo, y nunca visto de pláticas espirituales”.²⁶ Como lo seña-

²⁶ Francisco Garrigo, “Parecer”, en Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina*

ló él mismo, el poblano caviló mucho antes de determinar su proyecto, cuyo principal aporte residió en su carácter híbrido. Martínez de la Parra recurrió a su pericia de orador para preparar sus pláticas con dos propiedades tomadas de la alta predicación: una retórica elevada y el tono deliberativo.²⁷ De esa manera, hizo pasar recursos propios de la elocuencia sagrada a la enseñanza catequística. De hecho, el 10 de septiembre de 1695, cuando el jesuita Diego Felipe Mora evaluó la obra doctrinaria de su correligionario, señaló que “no hay en la oratoria Sagrada condición que falte a estas pláticas: por que las materias son gravissimas, las voces claras, el acento sonoro, la energía ardiente, el pensar sublime, el adornar lucido, con que a un tiempo enseña, deleyta y aficiona”.²⁸

La incorporación de componentes propios de la elocuencia sagrada produjo una elevación de la complejidad del discurso doctrinario, que rompió doblemente con el modelo clásico de un catecismo rudimentario o simplificado. Renovada por un proceso de sofisticación, Martínez de la Parra compaginó el lenguaje de la catequesis con las preferencias de auditores urbanos, aficionados al discurso más complejo de la alta predicación. Por otro lado, el contenido de las pláticas se ajustó a un grado superior de catecismo, el cual coincidió con el nivel de instrucción de una población urbana, bien introducida a la doctrina cristiana gracias a la acción conjunta del clero secular y regular. Ese doble ajuste sedujo rápidamente a un público inusual, poco propenso al catecismo, para producir incluso, en apenas algunos meses, una verdadera diná-

cristiana, Barcelona, Imprenta de Rafael Figueró, 1705 [f.4r].

²⁷ Para un análisis más detenido de las novedades que aportó Martínez de la Parra al género de las pláticas catequísticas, véase Trilce Laske, “Savoir et pouvoir: trajectoires, postures et modes d’action des hommes d’Eglise en Nouvelle-Espagne (1680-1705)”, tesis de doctorado, Université de Toulouse, Toulouse 2015.

²⁸ Diego Felipe Mora, “Parecer”, en Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana*, Sevilla, Imprenta de Juan Francisco Blas, 1699, t. III [f.4r]. En las transcripciones de los textos de la época se respeta la ortografía del original (n. del e.).

mica en la capital. Atraídos en un primer momento por la celebridad previa de Martínez de la Parra, unos fieles numerosos y heterogéneos acudieron a escuchar sus pláticas siguiendo los canales del entusiasmo por la elocuencia sagrada. En marzo de 1691, menos de un año después del comienzo de su actividad doctrinaria, su correligionario Fernando de Valtierra manifestó la medida de su éxito al escribir que “los que en [Mexico] viven, pienso que viven de oír a este predicador [Martínez de la Parra]”.²⁹ Un año más tarde, el 15 de mayo de 1692, el propio jesuita señaló, durante una de sus intervenciones, la amplitud de la acogida favorable de un público siempre creciente: “¿Será bendición de Dios ver qué? Lo que todos vemos, cómo acuden a la explicación de la doctrina todos a porfía, a tropas, cómo crecen, cómo se aumentan las doctrinas, cómo se llena la Iglesia [...] Será bendición de Dios si el crecer de la doctrina fuere, más que en el concurso de oyentes, en el número de aprovechados”.³⁰

Con un leve desfase temporal, la adhesión urbana a la catequesis de Martínez de la Parra rápidamente trajo consecuencias en la Provincia jesuita, la cual sólo podía felicitarse por su audiencia. Esto se tradujo de dos maneras: una al servicio de la influencia de la Compañía y otra a favor directamente de Martínez de la Parra y de su carrera. Bajo el mando del nuevo prepósito de la Casa Profesa, Alonso de Ramos, los jesuitas entendieron pronto el alcance del éxito del religioso que conseguía conglomerar amplios sectores urbanos para un género considerado, no obstante, como el pariente pobre de la predicación. Apenas ocho meses después de las primeras pláticas, su publicación quedó decidida.³¹ La operación llevó a la impresión de dos

²⁹ Fernando Valtierra, “Parecer”, en Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana*, México, Imprenta de Fernández de León, 1691 [f. 6v].

³⁰ Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana*, Barcelona, Imprenta de Rafael Figueró, 1705, p. 258.

³¹ Según la fecha de la licencia firmada por el Provincial, el 20 de diciembre de 1690. Juan Martínez de la

tomos en 1691 y 1692, publicados bajo el título de *Luz de verdades católicas*. Las impresiones se hicieron en la Profesa misma, con las prensas de Diego Fernández de León, trasladado especialmente para la ocasión de Puebla a México por Alonso de Ramos. La dedicatoria del primer volumen fue, por lo demás, directamente firmada por el castellano, quien la dirigió al fiscal del Santo Oficio, Francisco de Deza y Ulloa, para saldar las deudas de su establecimiento con el aparato inquisitorial y su reciente mansedumbre. Para la publicación del segundo tomo, los jesuitas obtuvieron la recomendación del arzobispo Francisco de Aguiar y Seijas a través de la concesión de indulgencias para su lectura.

Si bien la promoción de un discurso doctrinario debió de satisfacerle, el apoyo de Aguiar y Seijas pasó, sin duda, por algunas negociaciones. Precisamente el año en el que el prelado dio su recomendación, un allegado suyo y pariente pobre, Baltasar Ulloa y Seijas, fue nombrado al puesto codiciado de prefecto secular de la primera asociación de piedad de la Profesa: la Congregación del Salvador.³² Sea como fuere, la empresa editorial constituyó un verdadero éxito de ventas. De hecho, en 1696, la publicación del tercer tomo fue enteramente recuperada por un importante actor económico del mercado del libro capitalino, el impresor José Guillena Carrascoso, quien asumió incluso la dedicatoria. Tres años más tarde, las ediciones prínceps estaban agotadas y una primera reedición se preparaba ya en Sevilla.

Para Martínez de la Parra, el éxito de su ejercicio doctrinario suscitó también la progresión acelerada de su carrera en la Orden ignaciana. En 1692 se fundó una congregación de la Doctrina de Cristo en la Profesa, a cuya dirección fue naturalmente elevado. El cargo implicaba una extensión de responsabilidades a través del ejercicio plural de ministerios exigentes, ya sea

Parra, *Luz de verdades católicas...*, México, Imprenta de Fernández de León, 1691 [f. 12v].

³² Baltasar Ulloa Seijas acompañó al arzobispo desde la península: AGI, Contratación, 5442, N.76. Para su nombramiento: AGN, Real Hacienda, Archivo Histórico de Hacienda, vol. 292, exp. 64 [f. 1v].

la dirección apostólica de los congregantes, la administración financiera y, eventualmente, la gestión espiritual. Sobre todo, tras la muerte inesperada de Fernando de Valtierra —a los 45 años—, Martínez de la Parra resultó promovido el año siguiente a la dirección de la Congregación del Salvador, vitrina prestigiosa de la actividad cultural de la Provincia. El nombramiento significó para el jesuita un contacto estrecho con la poderosa elite mercantil de la capital y la gestión de considerables recursos económicos. Le permitió también retomar la alta predicación (véanse cuadros 1 y 3).

Si bien el ejercicio doctrinario de Martínez de la Parra conoció un éxito casi inmediato ante un amplio público urbano, que se acompañó con un breve desfase del reconocimiento de la Provincia ignaciana, las reacciones dentro del espacio erudito de la capital fueron, en cambio, más tardías. Es más, al principio la catequesis del jesuita no tuvo ninguna consecuencia sobre la dimensión erudita de su productor y su posición respecto de sus pares. Fue necesario esperar tres años después de su inicio, hacia 1693, para comenzar a entrever algunos cambios. Sin embargo, el paso de Martínez de la Parra de la elocuencia sagrada de panegíricos a la explicación doctrinal lo colocó, desde abril de 1690, en una posición más legítima. Ya con su catequesis, movilizaba el arsenal de los saberes doctos, desde la retórica a un repertorio narrativo, a favor de un género oratorio destinado expresamente a la salvación de los fieles, a diferencia de la predicación de festividades, con sus panegíricos y apologías.³³

En un espacio intelectual marcado por la referencia evangélica, ¿cómo explicar esta ausen-

cia inicial de repercusiones? En primer lugar, se justifica debido a que las alternativas doctrinales eran numerosas en México y, si bien el ejercicio catequístico del jesuita constituyó una ganancia de legitimidad intelectual, no era suficiente como para distinguirlo dentro del sector erudito. En segundo lugar, su éxito urbano fulgurante ante un público amplio e inesperado sólo podía provocar, a corto plazo, la circunspección de un grupo erudito propenso, por principio, a la desconfianza de los fenómenos de entusiasmo urbano. En tercer lugar, es posible también que otra parte del sector intelectual hubiese permanecido indiferente a una producción que, en principio, no iba a escuchar.

Para que la adhesión erudita empezase a manifestarse poco a poco alrededor de Martínez de la Parra, su legitimidad aumentada tuvo que combinarse con otros dos elementos que se añadieron un poco más tarde: por un lado, la constancia del éxito urbano de su doctrina y, por otro, el paso por las prensas. En esa triada, que se compuso en tres años, se encontraron los principales factores del progresivo reconocimiento del jesuita por parte de sus pares. La durabilidad de la adhesión urbana reveló al sector erudito el valor de la catequesis del poblano. Si bien, a corto plazo, su éxito remitió potencialmente a un efecto de moda dudoso, a medio plazo, demostró con su persistencia su autenticidad y, sobre todo, su efectividad. Al atraer asiduamente a la doctrina a un público de una amplitud inacostumbrada, Martínez de la Parra cumplía de manera inigualable con el fin doctrinario. Al mismo tiempo, realizaba proporcionalmente las pretensiones al papel de tutor de las multitudes del grupo docto.³⁴ La publicación, por otra parte, actuó como agente logístico de difusión. Para los sectores que no se desplazaban necesariamente para escuchar al jesuita, la publicación amplió la capacidad de circulación de las pláticas. Lo hizo además a través de un medio privilegiado en sus prácticas de trabajo y

³³ Herrejón Peredo, para calificar el género de las pláticas oratorias, y hablando precisamente de *Luz de verdades católicas*, afirma: “El género de pláticas [...] es en principio de tono menor respecto al sermón, con menos formalidad y solemnidad; tiene, en cambio, mayor finalidad práctica para la instrucción religiosa y la exhortación a la vida cristiana”; Carlos Herrejón Peredo, “Los sermones novohispanos”, en Raquel Chang-Rodríguez (coord.), *Historia de la literatura mexicana: la cultura letrada en la Nueva España del siglo XVII*, México, Siglo XXI, 2002, p. 443.

³⁴ Se traduce, por ejemplo, en la constante mención, de parte de los comentaristas doctos de *Luz de verdades católicas...*, a la utilidad de la obra para los fieles.

Cuadro 3
Conjunción de factores en el éxito urbano de Martínez de la Parra

	<i>Factores principales intrínsecos</i>	<i>Factores principales extrínsecos</i>	<i>Factores secundarios</i>
<i>Celebridad urbana</i> 1690-1695	Catecismo sofisticado (retórica elaborada/tono deliberativo)	Logística jesuita (púlpito...)	Celebridad previa Origen social Preexistencia de clientela fiel de los jesuitas

Fuente: elaboración propia.

evaluación por el grupo erudito, quien pudo ya juzgar y apropiarse la obra del jesuita. Por eso, antes de 1693, ningún indicio de recepción erudita, sea favorable o no, aparece en las fuentes. Los censores de los dos primeros tomos de *Luz de verdades católicas* mencionaron, por ejemplo, tan sólo a un público indistinto de fieles indeterminados.³⁵ La primera fase de reconocimiento erudito se inició hasta inicios de 1693, transparentando en la seguridad intelectual inédita que Martínez de la Parra empezó a demostrar en su púlpito de la Profesa. A partir del jueves 19 de abril de 1693, el religioso abandonó la relativa neutralidad de su doctrina para afirmarse intelectualmente; de manera reiterada, enunció su inscripción a un proyecto humanista cristiano, a la vez voluntarista y optimista, representado, entre otros, por Francisco de Sales.³⁶ La inclinación declarada del jesuita por el obispo de Ginebra, en particular por su *Introducción a la vida devota*, era poco sorprendente a la vista del objetivo del saboyano de proponer una espiritualidad destinada a los seglares y mundanos. Rompía sin embargo con la discreción inicial del jesuita para ubicarlo en una posición clara-

mente determinada dentro del espacio intelectual de la capital.

Para 1696, tres años más tarde, el reconocimiento erudito alrededor de Martínez de la Parra era ya tan amplio que apareció directamente bajo las plumas de sus diversos comentadores. El 20 de noviembre de ese año, algunas semanas antes de la publicación del tercer tomo de *Luz de verdades católicas*, José de Porras escribió en un sermón que las pláticas del jesuita suscitaban “no vulgares aprecio”.³⁷ Contrariamente al silencio de los dos primeros tomos, los censores del último distinguieron los “doctos” pasajes y señalaron su recepción positiva de la obra.³⁸ Sobre todo, a partir de esa fecha y pese a su desplazamiento hacia otros ministerios en la Profesa, Martínez de la Parra apareció asimilado sistemática y favorablemente a su catequesis por sus pares (véase cuadro 4). Incluso en marcos o contextos alejados, tales como sus sermones o la polémica de 1700 sobre el Año Santo, las pláticas eran mencionadas. A la muerte del jesuita, también Antonio de Robles aludió a ellas en su diario. Tal asociación estrecha de Martínez de la Parra con su esfuerzo doctrinario, al minimizar sus otras realizaciones anteriores o posteriores, fue quizás por momentos asfixiante o frustrante para el poblano. Sin embargo, gracias

³⁵ Por ejemplo, para la publicación de 1692: “Aqueste fuego divino [las pláticas] ha sin duda abrasado los ánimos de los oyentes, que asisten a estas pláticas en esta Casa Profesa...”; Benito de Andrade, “Parecer”, en Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas...*, 1699, t. II [f. 2v].

³⁶ Véase “Assi nos lo aconseja aquel Espíritu todo dulzura de san Francisco de Sales...”, en Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas...*, 1705, p. 347. Para otras menciones, véase *ibidem*, pp. 348, 391, 411, 413, 414, 415, 423, 444, 446, 454.

³⁷ José de Porras, “Parecer”, en Juan Martínez Parra, *Oración fúnebre en las anuales honras, que por mandado y reales expensas de Nuestro Catholico Rey...*, México, Imprenta de Guillena Carrascoso, 1696 [f. 4r].

³⁸ Por ejemplo: “Una explicación tan lúcida, que enseña a los rudos, y alumbrá a los doctos”; Diego Felipe Mora, “Parecer”, en Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas...*, 1699, *op. cit.*, t. III [f. 4r].

Cuadro 4
Conjunto de comentarios sobre las pláticas de parte de miembros del espacio erudito de 1690 a 1701, fuera ediciones de *Luz de verdades católicas...*

<i>Fechas</i>	<i>Contexto</i>	<i>Nombre</i>	<i>Comentarios sobre doctrina</i>
20 de noviembre de 1696	Paratexto oración fúnebre soldados monarquía	José Porrás, S. J.	“Se ha visto en los dos tomos de Doctrina Christiana, intitulados <i>LUZ DE VERDADES CATHOLICAS</i> , que han corrido con no vulgares aprecio, y esperan el tercero, que les seguirá presto, porque se halla en las últimas planas de su impresión” [f. 4r].
26 de noviembre de 1696	Paratexto oración fúnebre soldados monarquía	P. A. Aguirre O. F. D.	“Tales sus doctrinas. Tales sus pláticas. Tales sus sermones” [f. 7r].
27 de enero de 1698	Paratexto sermón San Francisco	Juan Ribera O. M.	Ø
28 de enero de 1698	Paratexto sermón San Francisco	Agustín Cabañas	“Maestro en la <i>Luz de verdades católicas</i> ” [f. 5r].
2 de febrero de 1698	Paratexto sermón altar	B. Alcocer Sariñana O. M.	“Aunque parece se estrecha su doctrina en aquellas sagradas paredes de la casa Profesa” [f. 6v].
13 de febrero de 1698	Paratexto sermón altar	Clemente Ledesma O. F.	Ø
Enero de 1700	1ª respuesta indulgencias	Alonso Alberto Velasco	“Un sujeto de tantos créditos y de tan relevantes prendas como las del R. P. Parra, cuya doctrina apostolica predicada en los púlpitos”, pp. 2-3.
Febrero de 1700	2ª respuesta indulgencias	Alonso Alberto Velasco	Ø
Diciembre de 1701	Diario	Antonio Robles	“Muy estimado, imprimió algunos libros de pláticas”, t. III, p. 176.

Fuente: elaboración propia a partir de las fuentes referidas.

a su doctrina renovada y sus efectos, el jesuita se elevó en el espacio intelectual de la capital. Sin ellos, en conformidad con su talento y sus competencias oratorias, sin duda hubiera tenido una trayectoria honorable entre sus pares, pero no al mismo ritmo ni en la misma medida.

Ahora bien, si la primera fase de progresión de Martínez de la Parra dentro del espacio intelectual capitalino se realizó con base en su catequesis y la conjunción de tres factores principales (la triada legitimidad/efectividad/publicación), ésta dependió también de la aso-

ciación de diferentes factores secundarios relativos a la persona del jesuita, con pesos y papeles variables (véase cuadro 6). Por un lado, el catequista era un hijo de buena familia, cuya limpieza de sangre estaba garantizada, entre otras cosas, por la notoriedad de su parentela. Por otro lado, era teólogo de formación, disciplina erudita por excelencia en México, y además graduado de la Universidad. Los sectores intelectuales de la capital novohispana distinguieron una personalidad que concordaba con la gama de legitimidad social y escolar vigente. Martínez de la Parra se beneficiaba, además, en su camino hacia la consagración, de una inscripción institucional en una Orden regular destacada, que procuraba a sus miembros apoyos logísticos y respetabilidad. En cambio, es posible preguntarse si hubiera podido un individuo con orígenes más oscuros, una formación menos ejemplar y sin vinculación institucional, obtener una aceptación tan amplia de parte de los sectores intelectuales, con base en una producción cultural similar.

La difusión transatlántica: 1698 y la consagración

Al comienzo de 1698, los primeros ecos de la recepción favorable de la obra doctrinaria de Martínez de la Parra fuera de las fronteras del virreinato, empezaron a llegar a la capital novohispana. El 28 de enero, el doctor Agustín Cabañas, antiguo rector de la Universidad y titular de la cátedra de prima de filosofía, escribió para una publicación del jesuita que “en este, y en otros dilatados reynos, reparte este maestro predicador sus doctrinas”.³⁹ Algunos días después, el 2 de febrero, el mercedario Alcocer y Sariñana confirmó, a su vez, con más insistencia, que “aunque parece se estrecha su

³⁹ Agustín Cabañas, “Sentir”, en Juan Martínez de la Parra, *La nada y todas las cosas, unidas en la santidad admirable del glorioso patriarca, el humano serafín S Francisco de Assis...*, México, Imprenta de Doña María de Benavides, Viuda de Juan de Ribera, 1698 [f. 5r].

doctrina en aquellas sagradas paredes de la Casa Professa de esta Corte, llega su lluvia como nube hasta las más remotas partes de nuestro [h]orizonte, pues ya que no personalmente predique en todo lugar como nube predicadora y luzida no se esconde a sus escritos lo más remoto aun del orbe”.⁴⁰

Para *Luz de verdades católicas*, sólo se trataba del inicio. Las pláticas del jesuita se convirtieron en una de las obras más publicadas en el Imperio español durante el siglo XVIII, la cual llegaría incluso a sobrepasar al *Quijote*, con 45 reediciones peninsulares identificadas para ese siglo.⁴¹ La amplia y duradera difusión transatlántica se debió, en parte, al apoyo ignaciano y a su activismo cultural. Sobre todo, respondió a la necesidad de renovación de los instrumentos del catecismo urbano, después de décadas de acciones doctrinales llevadas por los cleros regulares y seculares en acuerdo con las directivas tridentinas;⁴² pero, aunque fuesen todavía esporádicas para 1698, las noticias del éxito supralocal de Martínez de la Parra desencadenaron en México un nuevo episodio de adhesión erudita alrededor de su autor, quien pasó del nivel del reconocimiento intelectual al nivel de la consagración. Esta progresión se tradujo también en sentido vertical, pues aumentó el grado de respetabilidad del jesuita, y horizontalmente, a través de la ampliación de su influencia en el espacio intelectual capitalino.

Verticalmente, Martínez de la Parra se constituyó como una autoridad intelectual. Primero, a diferencia de los años anteriores en los que aparecía poco como censor y mayoritariamente para amigos, el jesuita se vio regularmente solicitado, a partir de la segunda mitad del mes

⁴⁰ Baltasar Alcocer Sariñana, “Parecer”, en Juan Martínez de la Parra, *Memoria agradecida a la dedicación del sumptuoso retablo...*, México, Imprenta de Doña María de Benavides, Viuda de Juan de Ribera, 1698 [f. 6v].

⁴¹ Según Meregalli, quien menciona 37 ediciones del *Quijote* desde su primera publicación, en 1605, hasta finales del XVIII en España; véase Franco Meregalli, *La literatura desde el punto de vista del receptor*, Ámsterdam, Rodopi, 1989, p. 54.

⁴² Sobre la difusión de *Luz de verdades católicas...* en el siglo XVIII, véase Trilce Laske, *op. cit.*, pp. 312-331.

de mayo de 1698, para aprobar con su nombre publicaciones procedentes de sectores oficiales e institucionales, hechas por individuos que ya no eran aliados ni socios. Durante los tres años que le quedaban de vida, el jesuita autorizó de manera inédita hasta ese momento diferentes obras producidas por dignatarios de la Inquisición, del cabildo catedralicio y de la Universidad (véase cuadro 5). De ese modo, alcanzaba a personalidades eruditas de la dimensión de Florencia y Vetancurt. Luego, a comienzo del siglo, al igual que Florencia, el poblano pasó a ser calificador del Santo Oficio.⁴³

Por último, su crédito de aval erudito le permitió a Martínez de la Parra discutir abiertamente, en enero de 1700, las directivas sobre el Año Santo del cabildo, entonces en sede vacante. Frente a su dimensión intelectual, los dignatarios del arzobispado se vieron obligados a justificar públicamente su política, a través de un lenguaje argumentado, que además no escondía su deferencia hacia su adversario. Por ejemplo, un eclesiástico secular como Alonso Alberto de Velasco, doctor y profesor universitario, subrayó en su argumentación pública dirigida al jesuita y encargada por el cabildo, su condición preeminente:

Sujeto de tantos créditos, y de tan relevantes prendas [como las del R P Parra], cuya doctrina apostólica predicada en los púlpitos no se ha estancado en los cortos límites de esta Ciudad, sino que se ha dilatado en los muchos libros de su doctissima explicación de los Dogmas Catholicos (que han perpetuado los bronceos) a todo este nuevo mundo, y aun el antiguo.⁴⁴

⁴³ Sabemos que Parra fue calificador únicamente por una consulta que hizo al Santo Oficio, el 8 de agosto de 1701. Cfr. AGN / Instituciones Coloniales / Inquisición / Inquisición (61) / vol. 855 / f. 307 r-v; desafortunadamente, no hemos podido encontrar su solicitud ni tampoco la respuesta de la Inquisición.

⁴⁴ Alonso Alberto de Velasco, *Manifiesto en defensa de la nota que puso el maestro de ceremonias...*, México, Imprenta de Doña María de Benavides, Viuda de Juan de Ribera, 1700, p. 3.

Esa consideración se mantuvo durante todo el mes, pese a la exasperación del debate con la irrupción de otros opositores al Año Santo, tales como los mercedarios. Aunque las más altas instancias del arzobispado recurrieron finalmente a la fuerza de un edicto para deshacerse de sus adversarios, se le aseguró al jesuita el examen y la evaluación de sus argumentos, puestos por escrito.

Además de esa respetabilidad aumentada, el jesuita progresó horizontalmente en el espacio erudito, con la ampliación de su base. Durante 1698, y nuevamente en coincidencia con las primeras noticias en México de su éxito transatlántico naciente, Martínez de la Parra se acercó de manera ostensible a otra figura eminente del grupo erudito, Clemente de Ledesma, con quien Parra forjó una alianza inédita que se manifestó en la capital a través del intercambio recíproco y benévolo de aprobaciones. El 13 de enero de 1698, el franciscano firmó una larga y elogiosa censura para el jesuita con motivo de la publicación de uno de sus sermones.⁴⁵ Cinco meses después, el 23 de julio, el poblano le devolvió la cortesía también con un paratexto, destinado al segundo tomo de la obra central de Ledesma, su *Despertador de noticias*.⁴⁶ Aunque ambos novohispanos eran contemporáneos, no evolucionaban, sin embargo, en un mismo entorno relacional: Ledesma era más afín a los dominicos cuando, en cambio, Parra no tuvo al parecer mucha cercanía con la Orden Dominicana (véase figura 1).

La asociación de dos grandes nombres del espacio intelectual, Ledesma y Martínez de la Parra, explícita e intencionalmente expuesta a la mirada de sus pares a través del intercambio

⁴⁵ Clemente de Ledesma, "Sentir", en Juan Martínez de la Parra, *Memoria agradecida a la dedicación del nuevo sumptuoso retablo del Salvador...*, México, Imprenta de Doña María de Benavides, Viuda de Juan de Ribera, 1698 [f. 4r-5v].

⁴⁶ Juan Martínez de la Parra, "Sentir", en Clemente de Ledesma, *Despertador de noticias theologicas morales, que apuntan y despiertan las letras del A. B. C. al cura, al comisario del Tribunal del Santo Oficio y al confesor*, México, Imprenta de Doña María de Benavides, Viuda de Juan de Ribera, 1698 [f. 3r-v].

Cuadro 5
Aprobaciones redactadas por Martínez de la Parra durante toda su carrera

<i>Autores</i>	<i>Fechas</i>	<i>Ocasión/lugar</i>	<i>Dedicatorias</i>	<i>Promotores</i>
<i>1^{er} periodo: Éxito local</i>				
Pedro Avendaño S. J.	4 de septiembre de 1686	Fiesta San Bartolomé	Marmolejo (tío Avendaño)	
J. Castaneira O. F.	19 de agosto de 1689	Poesía/Puebla		Virrey Galve
P. A. Aguirre O. F. D.	29 de septiembre de 1694	Virgen María	Cofradía	Mayordomo cofradía
J. Álvarez Toledo O. F.	9 de noviembre de 1694	Dominica/ Guatemala		
Pedro Avendaño	18 de enero de 1697	Santa Bárbara	Echagaray (juez contador)	Ldo. Matías Galves
<i>2^o periodo: Éxito supralocal</i>				
Juan Espinosa O. P.	21 de mayo de 1698	Fiesta anual Inquisición	Santo Oficio	J. Ribera, comisario Inquisición
C. Ledesma O. F.	23 de julio de 1698	<i>Despertador de Noticias</i>		
Julián Pérez O. F.	20 de octubre de 1698	Oración fúnebre de Aguiar y Seijas	Fernández Santa Cruz (obispo)	A. Pereda (cliente Ortega Montañés)
Manuel Endaya Haro	24 de noviembre de 1699	Catedral	Escalante Mendoza (chantre)	C. Navia, ministro Inquisición
J. Olivan Rebollo	9 de enero de 1701	Solicitud <i>Colegio Mayor</i>	Felipe V	Rector Universidad y 8 profesores

Fuente: Elaboración propia.

de aprobaciones, estableció una alianza visible. Se trataba, para ambos, de la primera vez que asumían, por lo menos de manera impresa, ese tipo de acción. Para el jesuita, esta unión con un individuo establecido e inatacable como el franciscano tuvo como consecuencia exponer su ascenso ante los sectores eruditos de la capital.

Las primeras noticias de la recepción favorable de *Luz de verdades católicas* fuera del virreinato repercutieron doblemente en la posición de Martínez de la Parra en el espacio intelectual y

le dieron un segundo impulso. A partir de ellas, no sólo subió en la jerarquía interna del grupo erudito para alcanzar una posición de autoridad (progresión vertical), sino que también amplió su influencia sobre el espacio intelectual (progresión horizontal); sin embargo, el éxito de recepción en otros espacios del Imperio español estaba lejos de ser un factor sistemático de éxito a nivel local, tal como lo demostró la situación de Sor Juana al comienzo de la década de 1690. La consideración transatlántica manifestada,

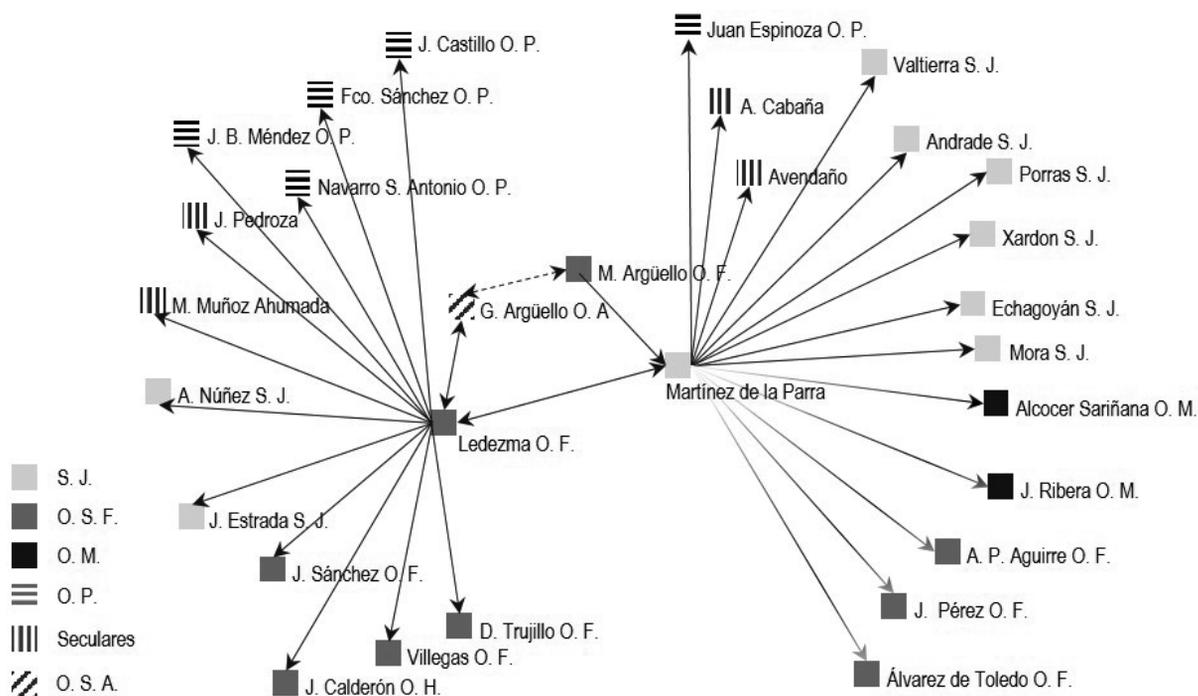


Figura 1. Redes parciales de Ledezma y Martínez de la Parra, establecida con base en sus aprobaciones, 1690-1701. Fuente: elaboración propia.

entre otras cosas, por las sucesivas reediciones peninsulares de *Inundación castálida* y la publicación de su segundo tomo, incluso algunas producidas en la misma Corte madrileña, no provocaron una mejora del estatuto de la monja en México. ¿Cómo explicar entonces, en el caso de Martínez de la Parra, el impacto extremadamente positivo del criterio de la exportación sobre su envergadura erudita local?

Primero, a diferencia de Sor Juana, en México la obra del jesuita gozaba —desde antes de su difusión ampliada— de un consenso erudito respecto de su calidad. En su caso, el éxito fuera de la Nueva España sólo constituyó la corroboración, en una escala multiplicada, de juicios previos. Además, los primeros ecos del éxito supralocal del jesuita provinieron de altos mandos religiosos, cuyo origen socioprofesional los hacía indiscutibles a los ojos de la lógica erudita local. En febrero de 1698, Alcocer especificó, al

tratar del naciente éxito transatlántico del jesuita, que: “Ha [h]abido Príncipe Santo y docto, que para exhortar sus ovejas persuada a un religioso a que predique la doctrina del P. Parra”.⁴⁷ En 1701, la primera edición integral de sus pláticas fue llevada a Barcelona por un impresor cercano al arzobispo y futuro cardenal, Sala y Caramany, con el apoyo de las altas autoridades religiosas seculares vecinas (el arzobispo de Tarragona y los obispos de Vique, Urgel y Girona). De ese modo, la exportación lograda de la obra del jesuita sólo pudo constituir un factor positivo, puesto que significaba la extensión geográfica de la validación erudita, por individuos legítimos, de una obra ya distinguida dentro del espacio intelectual capitalino (véase cuadro 6). En el caso de Sor Juana, en cambio, su figura poseía, desde antes de la difusión ampliada de

⁴⁷ Baltasar Alcocer Sariñana, “Parecer”, en *op. cit.*

Cuadro 6
Conjunción de factores en el éxito de Martínez de la Parra en el espacio intelectual

	<i>Factores principales intrínsecos</i>	<i>Factores principales extrínsecos</i>	<i>Factores secundarios intrínsecos</i>	<i>Factores secundarios extrínsecos</i>
1ª fase (1693-1698) <i>Reconocimiento</i>	Género literario (legitimidad)	Éxito urbano (efectividad) Publicación (difusión)	Origen familiar Escolaridad	Afiliación jesuita Reconocimiento arzobispo
2ª fase (1698-1701) <i>Consagración</i>	Género literario (legitimidad)	Éxito supralocal (legitimidad previa/ receptores legítimos)	Novohispano	Afiliación jesuita

Fuente: elaboración propia.

parte de su obra, mucho menos legitimidad en México por varios motivos.

Si bien el orgullo patriótico tuvo también un papel en el valor dado a la dimensión imperial de la recepción de las pláticas del jesuita, no obstante, fue menor y subordinado a la apreciación erudita previa. Las publicaciones peninsulares de Sor Juana no habían podido provocar una simpatía localista capaz de conducir, en su momento, a una revalorización por parte del grupo erudito. Martínez de la Parra estaba además muy lejos de representar una figura del criollismo en México. Aunque originario de Puebla, el jesuita no manifestó nunca, ni en sus sermones ni en sus pláticas, un interés particular para un proyecto de promoción de una identidad local, tal como la que sí asumió, por ejemplo, su correligionario Francisco de Florencia desde el espacio educativo de la Compañía con la racionalización sabia de devociones novohispanas. De hecho, sólo hasta después de su muerte la figura de De Florencia apareció recuperada e integrada en discursos de celebración de la intelectualidad local.⁴⁸

⁴⁸ En abril de 1726, Lorenzo de Serpentequi, canónigo poblano, describió en una aprobación destinada a su hermano José, a Juan Martínez de la Parra: “[los Parras] han ilustrado a estas, sus patrias, con las luces de su doctitud [...] De aquella misma cepa, es el muy reverendo padre maestro JUAN MARTINEZ DE LA PARRA, de la sagrada Com-

pañía de Jesús, conocido por admirable, de casi todo el mundo, en la *Luz de verdades católicas*, obra tan insigne y primorosa, que hasta las extranjeras naciones, sagradamente ambiciosas la han traducido a sus idiomas [...] Gloriese dichosísima nuestra América, más que por haber dado estos y otros casi innumerables riquísimos talentos...”; Lorenzo de Sempertegui, “Aprobación”, en José Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo: crónica de primer convento de carmelitas descalzas en Puebla, 1604-1704*, México, Universidad Iberoamericana, 1992, pp. 12-13.

pañía de Jesús, conocido por admirable, de casi todo el mundo, en la *Luz de verdades católicas*, obra tan insigne y primorosa, que hasta las extranjeras naciones, sagradamente ambiciosas la han traducido a sus idiomas [...] Gloriese dichosísima nuestra América, más que por haber dado estos y otros casi innumerables riquísimos talentos...”; Lorenzo de Sempertegui, “Aprobación”, en José Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo: crónica de primer convento de carmelitas descalzas en Puebla, 1604-1704*, México, Universidad Iberoamericana, 1992, pp. 12-13.

hubiera debilitado con el tiempo, ya sea por rutinización, superación, o por algún otro motivo?

Conclusiones

De los años 1693 hasta su muerte, en 1701, la trayectoria de Martínez de la Parra dentro del espacio intelectual de la capital novohispana siguió una línea ascendente que lo llevó, siendo joven, a partir de 1698, a la posición consagrada de autoridad intelectual. Contrariamente a otras figuras que obtuvieron su reconocimiento de una larga acumulación de diferentes obras y que pudieron conocer altibajos, la progresión de Martínez de la Parra fue relativamente recta y surgió principalmente de una sola producción: su explicación doctrinaria. La muerte temprana del jesuita, a los 48 años, impidió —tal vez— una devaluación posterior, que hubiese quebrado esa dinámica ascendente. A nivel del espacio urbano, el éxito de Martínez de la Parra tuvo, en cambio, otro ritmo, regulado por otros criterios. Apreciado desde 1680 por sus sermones y a partir de 1690 por sus pláticas, su promoción en 1693 a la prefectura de la Congregación del Salvador de la Profesa puso al jesuita a la cabeza de importantes recursos económicos que, redistribuidos a través de obras de caridad, le valieron desde 1695 una gran popularidad urbana.⁴⁹ De hecho, en comparación con destacadas personalidades eruditas de la capital como Florencia o Vetancurt, Martínez de la Parra fue probablemente uno de los que más consiguió que coincidieran la consideración docta con el favor urbano, tal como lo demuestra el número y la diversidad de gente a su entierro.

Si el jesuita alcanzó en vida un reconocimiento considerable en México, su figura se borró progresivamente a partir del siglo XIX por diferentes razones de las que dos pueden mencio-

narse como principales: por un lado, Martínez de la Parra no fue ningún campeón de un discurso identitario novohispano y la ausencia de manifestaciones criollistas sólo pudo suscitar el desinterés posterior de una historiografía que por entonces buscaba muestras preindependentistas o inclusive nacionalistas. Por el otro, el carácter doctrinario de la obra del jesuita, su contenido evangélico, contribuyó también a apartarlo con un repertorio de literatura religiosa, devaluado por los diferentes procesos de secularización. Por cierto, Martínez de la Parra no fue el único que conoció ese fenómeno de eclipse; otras personalidades importantes de la intelectualidad novohispana, contemporáneas del jesuita, tuvieron una suerte similar, como el ya mencionado Clemente de Ledesma, cuyas obras fueron también reeditadas en la península ibérica. Ya sea el jesuita o el franciscano, ambos eclesiásticos sobrepasaban ampliamente en su época, en términos de consideración y crédito, a dos figuras tan famosas como Sigüenza y Góngora y Sor Juana.

Por último, la trayectoria intelectual de Martínez de la Parra, más allá de su dimensión singular, informa doblemente sobre la configuración del espacio intelectual de una de las primeras capitales americanas del Imperio hispánico a finales de la dinastía de los Habsburgo. A nivel transatlántico, informa de las modalidades de su integración dentro del mosaico imperial. En primer lugar, la subordinación del reconocimiento externo —aunque procedente del corazón histórico del reino— a una previa validación interna señala la relativa autonomía de sus criterios; a diferencia de fenómenos inversos en los que la ratificación externa puede constituir por sí misma un estimulante a la adopción local, en el caso del jesuita fue porque se ajustó a las reglas de la lógica erudita capitalina que pudo alcanzar algún grado de efectividad perceptible. En segundo lugar, la inscripción en su seno de una figura cuya obra conquistó el Imperio en apenas unos años y de manera duradera, demuestra la capacidad del espacio intelectual mexicano de propagar fuera de sí las producciones que nacían en él.

⁴⁹ Robles, con motivo de la muerte del jesuita, lo señaló en su diario: “hubo gran llanto por la falta que hará, respecto de que por su mano se hacían muchas limosnas y buenas obras”; Antonio de Robles, *op. cit.*, t. III, p. 176.

A nivel local, la trayectoria de Martínez de la Parra expone la configuración interna del espacio intelectual capitalino. A través de la consagración del jesuita, los sectores eruditos de México distinguieron ampliamente el proyecto de una espiritualidad religiosa inclusiva y optimista, que se enunciaba en un lenguaje seductor. Abierto a los seglares y mundanos, el humanismo cristiano se fundaba, pues, sobre una concepción positiva del ser humano, sobre un antropocentrismo que veía el camino hacia la salvación en el ejercicio de la voluntad individual.⁵⁰ ¿Antes de la aparición de Martínez de la Parra, el espacio intelectual reconocía ya mayoritariamente la legitimidad de este proyecto? ¿O fue acaso el propio jesuita quien hizo moverse, gracias a su catequesis, las líneas del espacio erudito de finales de siglo a favor de tal programa? Al parecer,

Martínez de la Parra sólo amplificó la resonancia de una corriente preexistente. El jesuita tuvo al menos un antecesor visible en la cercana Puebla, dentro del círculo de íntimos del propio obispo Manuel Fernández de Santa Cruz, con su limosnero, Ignacio de Asenjo y Crespo. En 1682, el eclesiástico hizo publicar un tratado de devoción inspirado en Francisco de Sales y dedicado a él mismo, uno de los representantes emblemáticos del humanismo cristiano.⁵¹ Sobre todo, el mismo saboyano era muy difundido en la Nueva España, a la vista de las numerosas ediciones conservadas en la BNM. Ya sean obras suyas (tratados, cartas espirituales, etcétera) o hagiografías de su vida y sermones, la BNM conserva 22 obras relativas a Sales, editadas entre 1661 y 1700 mayoritariamente en Madrid, con marcas de fuego de conventos novohispanos.

⁵⁰ Véase Julien-Eymard d'Angers, *L'Humanisme chrétien au XVIIe siècle: St. François de Sales et Yves de Paris*, La Haya, Nijhoff, 1970, p. 136; René Bady, *Humanisme chrétien dans les lettres françaises XVIe-XVIIe siècles*, Paris, A. Fayard, 1972, p. 16.

⁵¹ Ignacio de Asenjo y Crespo, *Exercicio practico de la voluntad de Dios, y compendio de la mortificación*, México, Imprenta de Paula Benavides, Viuda de Bernardo Calderón, 1682. La obra contó con la aprobación de Núñez de Miranda. Asenjo y Crespo vino a Nueva España con el propio Fernández de Santa Cruz. AGI, Contratación, 5439, N. 1.